

Educación ambiental y cambio climático

Respuestas desde la comunicación,
educación y participación ambiental

**Francisco HERAS,
María SINTES,
Araceli SERANTES,
Carlos VALES,
Verónica CAMPOS
(Coordinadores)**

Educación ambiental y cambio climático

Respuestas desde la comunicación,
educación y participación ambiental

Coordinadores:

Francisco Heras Hernández, CENEAM

María Sintés Zamanillo, CENEAM

Araceli Serantes Pazos, CEIDA

Carlos Vales Vázquez, CEIDA

Verónica Campos García, CEIDA

Autores:

Pablo Ángel Meira Cartea | Mónica Arto Blanco | Ana Teresa López Pastor

Ricardo de Castro Maqueda | Gerardo Pedrós Pérez | Pilar Martínez Jiménez

Isabel Santamarina Campos | Francisco Sónora Luna | Verónica Campos García

Araceli Serantes Pazos | Carlos Vales Vázquez | Matilde Cabrera Millet

Guadalupe Zárate Díez | Jesús de la Osa Tomás | Ignacio Benedí Gracia

Concha Fernández de Pinedo | Rafael Aldai Agirretxe | Aurelio García Loizaga

Teresa Royo Luesma | Evangelina Nucete Álvarez | María Sintés Zamanillo

Francisco Heras Hernández | Stefano Puddu Crespellani | Juan López de Uralde

Aportaciones del movimiento por **el decrecimiento en el contexto de crisis** energética y cambio climático

Stefano Puddu Crespellani. Xarxa per al Decreixement. Catalunya.

El 2007 fue el año del cambio climático. Un premio Nobel, un Oscar y dos informes demoledores convencieron al mundo de que el efecto invernadero no es ninguna broma. En aquel entonces, pocos habían escuchado la palabra *decrecimiento*, aunque ya hacía un lustro que el término había empezado a circular, al principio en Francia y, luego, en Italia. Sin embargo, este 2009 ha sido proclamado por Ecologistas en Acción el “año del decrecimiento”. Un ascenso tan rápido no es frecuente, y nos pide que intentemos conocer un poco más qué tipo de análisis acompaña este concepto y como éste nos ayuda a entender el escenario de crisis en que vivimos.

Decrecimiento ha sido, en primer lugar, una especie de eslógan, una “palabra-bomba”, como decía Paul Ariès, por su capacidad de cuestionar la religión económica que domina en el planeta, ya que ataca directamente a su dogma principal: el crecimiento. Todos sabemos lo que pasa con las religiones: que se alimentan de fe. Y allá donde domina la fe, las evidencias contrarias son insuficientes para cuestionar los dogmas. Éste es el caso, también, del crecimiento, que no sólo es el mecanismo fundamental de nuestro sistema económico, sino también el imperativo al que su funcionamiento nos obliga: un crecimiento continuado, sin límites y sin otra finalidad que el de mantenerse (crecer por crecer...).

Un planteamiento de este tipo, absolutamente dominante entre las élites mundiales en el último medio siglo, se ve contradecido por la realidad física de los límites de nuestro planeta. El ejemplo del estanque de algas, muy conocido, nos ayuda a entender cómo funciona la trampa del crecimiento continuado, es decir, exponencial. Imaginemos que tenemos un estanque muy grande, donde vive una comunidad inicialmente muy pequeña de algas que,

si nada la perturba, cada día se duplica. Puede pasar mucho tiempo antes de que su presencia en el estanque sea ni tan siquiera visible. Pero no hay que olvidar que tienen un tiempo de duplicación de un día. Para llenar la mitad del estanque, las algas pueden tardar el tiempo que se quiera: un año, o diez, o cien. Que hayan tardado tanto para llenar la mitad del estanque no significa nada. El punto es que sabemos cuánto tardarán en llenar la otra mitad. Y es tan sólo un día. Cuando el estanque esté lleno, ya no habrá más espacio donde crecer. A pesar de ello, casi todos los asesores económicos de casi todos los gobernantes del mundo, aún no se han dado por enterados. Como dice el economista Kenneth Boulding, “quien crea que es posible un crecimiento infinito en un mundo finito, o es un loco o es un economista”.

La génesis del decrecimiento procede de la confluencia entre fuentes distintas. Por un lado, tenemos la experiencia del fracaso de la exportación del “desarrollo” al sur del mundo. Ya en la segunda mitad del siglo XX empezó a verse claro que no se trataba tan sólo de un proceso de transferencia tecnológica, sino de una empresa cultural mucho más compleja, que en definitiva coincidía con un proyecto de “occidentalización del mundo”, como lo definió Serge Latouche. El proceso de descolonización posterior a la segunda guerra mundial inauguró una estrategia -ya definitivamente globalizada- que se basa en una nueva *colonización del imaginario*, como medio para imponer un orden económico, social y político (y, por supuesto, militar, ante todo) cuya matriz es, en el fondo, poco menos imperialista que antes. La crítica de este proceso reunió una pequeña “internacional” de autores (el mismo Serge Latouche, Vandana Shiva, Gustavo Esteva, Wolfgang Sachs...) que denunciaban la iniquidad del modelo y la imposibilidad de exportarlo a todo el planeta.

Paralelamente, iba creciendo otra fuente de pensamiento crítico, esta vez de matriz socioecológica. Eran los años del Informe del Club de Roma (*Limits to growth*) y, también, de la génesis del pensamiento sistémico -que tiene en Gregory Bateson uno de sus maestros-, un enfoque que llevó a la ciencia a centrar su atención en las interrelaciones y retroacciones existentes entre los elementos que configuran una “ecología”. Autores como Ivan Illich, Cornelius Castoriadis, André Gorz, entre muchos otros, empezaron a analizar la pérdida de calidad de vida que nuestras sociedades experimentaban a causa del “progreso”. Estos fermentos, por otro lado, repercutían en el análisis y las prácticas de los movimientos sociales (feminista, pacifista, ecologista, altermundista...), dando lugar a un depósito de reflexión que, en su conjunto, cuestiona la religión del crecimiento, al tiempo que proyecta una visión “laica” -es decir, no dogmática, ni fideísta- acerca del progreso, la razón, la ciencia, la técnica y sus pretensiones de dominio sobre el mundo.

Así, pues, si por un lado se llegaba a la conclusión de que el crecimiento era reflejo de un orden injusto y además imposible de extender a toda la

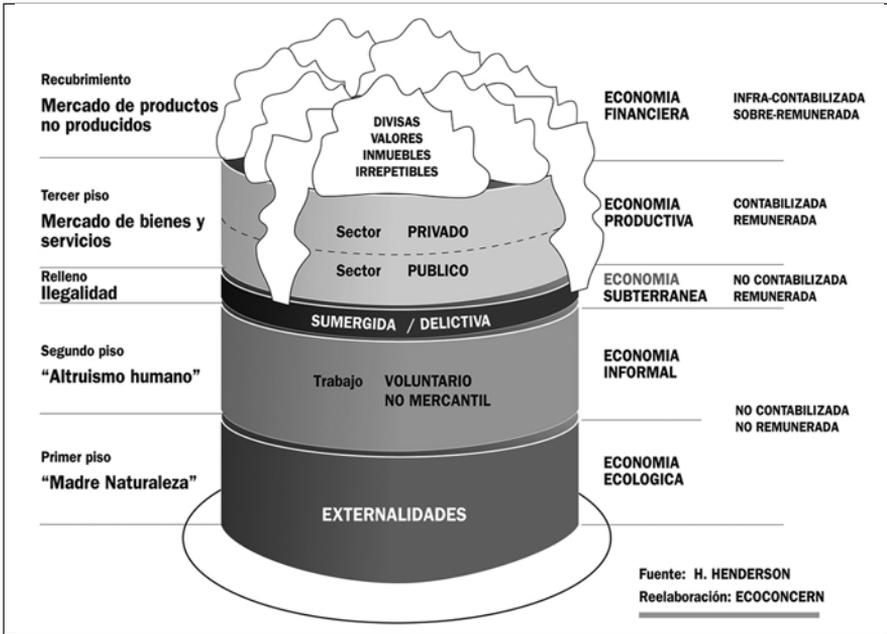
población del planeta, por el otro se insinuaba que ni tan siquiera era deseable, puesto que, a partir de un cierto punto, el crecimiento económico no se traduce en una mejora de nuestro nivel de vida o en un aumento de nuestra capacidad de disfrutarla, sino en todo lo contrario: una fuente de estrés, un fuego cruzado de presiones de todo tipo que generan un perfil de persona -y de sociedad- heterónoma, incapaz de decidir sobre su propio rumbo. Frente a esto, el decrecimiento propone una sociedad más frugal y convivencial, con una mayor conciencia de los límites. Propone una "alegría de vivir" que se basa no tanto en el consumo de mercancías sino en la riqueza de intercambios, de relaciones, de conocimientos.

Una mirada al escenario de las crisis

El año 2008 hemos vivido la peor crisis financiera que se recuerde a escala planetaria desde el crack de 1929. Estamos, hoy, en un mundo en recesión con perspectivas sombrías para los años venideros. Anteriormente, en España, había explotado la burbuja inmobiliaria, que llevaba años hinchándose desmesuradamente. El sector que, aparentemente, hacía de locomotora de la economía de nuestro país se paró en seco. Las consecuencias de este parón siguen desgranándose como si viéramos un efecto dominó a cámara lenta (o no tanto...).

Para interpretar lo que está pasando, tal vez nos ayude una gráfica que hemos tomado prestada de una economista americana, Hazel Henderson, con algunos añadidos de cosecha propia. A menudo se utiliza la imagen del pastel para visualizar el sistema económico. En este caso, se trata de un pastel de varios pisos, con un relleno y un recubrimiento. Como podemos ver, en la base del pastel encontramos las riquezas que no entran en nuestra contabilidad económica, es decir, que no están cuantificadas ni remuneradas. En primer lugar, la Naturaleza, sus recursos naturales, su fertilidad y su capacidad de regeneración. El sistema económico se aprovecha de esta generosidad que procede del sol, del mar y de la tierra, sin preocuparse demasiado de las consecuencias, a corto y medio plazo. Hasta hace muy poco no se contabilizaban ni los *inputs* ni los *outputs* ecológicos, reducidos a "externalidades", sino tan sólo los flujos monetarios dentro del sistema económico.

Como consecuencia de este descuido, tenemos indicios muy preocupantes de degradación ecológica posiblemente irreversible: la pérdida de bosques tropicales, el progresivo agotamiento de las reservas pesqueras o de las tierras de cultivo, la reducción dramática del plancton, la extinción de especies... También se disparan alarmas en lo referente a los recursos, especialmente los energéticos, con el petróleo a la cabeza. Finalmente, tenemos el problema de los sumideros. De todo esto, volveremos a hablar luego.



El segundo piso corresponde al altruismo humano, es decir, a todas aquellas actividades que las personas hacemos de forma voluntaria, no mercantilizada, sin precio ni recompensa, y que configuran el sector de la economía informal. Aquí tenemos, históricamente, el trabajo de las mujeres y la aportación incalculable a la riqueza colectiva que supone su actividad *reproductiva*, en el sentido biológico pero también simbólico.

Según la Henderson, estos dos primeros pisos, que están fuera de la contabilidad nacional, representan dos terceras partes de nuestra riqueza global.

La tercera parte restante correspondería a la economía productiva propiamente dicha, con su mercado de bienes y servicios, que se reparte entre sector público y privado en dos mitades aproximadamente iguales. Antes, sin embargo, tenemos un relleno, que corresponde a la economía subterránea, que se mueve en la ilegalidad. Aquí encontramos todo tipo de actividades delictivas, que no entran en la contabilidad aunque sí que están remuneradas, y bastante bien, por cierto. Sin entrar en detalle, podemos afirmar que este relleno está aumentando su volumen de una forma preocupante, gracias –principalmente– a la capacidad del dinero de circular sin dejar rastro. Por razones parecidas, veremos que este sector, que mueve en la oscuridad sumas de dinero astronómicas, tiene vínculos bastante estrechos con la parte del recubrimiento superior del pastel, dedicado a la actividad financiera y especulativa.

El recubrimiento tiene una consistencia de espuma, ya que una parte de sus productos son más bien simbólicos que materiales. Se puede considerar como un mercado de productos no producidos –o bien cuya producción es

muy antigua o irreplicable, como es el caso de las obras de arte—, donde se genera un tipo de rentas que no corresponden a un valor añadido (una mejora en los bienes), sino simplemente a un sobreprecio. Maurice Allais las llamaba “rentas no ganadas”, y en los últimos 30 años éste ha sido el sector que verdaderamente ha dominado la economía. Esto empezó a principio de los años 70, cuando los Estados Unidos alcanzaron el cénit de sus reservas de petróleo. Fue el primer aviso, y podría haber sido un buen momento para replantear el modelo económico y su carrera acelerada hacia el crecimiento, pero se hizo exactamente lo contrario. El entonces gobernador de la Reserva Federal, Alan Greenspan, optó por una etapa de desregulación sin límite en el ámbito financiero, favorecida por las TIC y la conexión de los mercados continuos de todo el mundo, lo que dio lugar a una explosión de creatividad especulativa sin par. Desde finales del siglo XX, las finanzas mueven cada día un volumen de transacciones de 30 a 40 veces superior a las mercaderías y servicios reales que las podrían justificar. Los altos directivos se dedican a generar dividendos a corto plazo con operaciones de cualquier tipo en beneficio de los accionistas y de su propio enriquecimiento. Y sabemos cuáles han sido las consecuencias.

Así pues, estamos ante un escenario de crisis múltiples y superpuestas. Nos fijaremos aquí, básicamente, en tres: la crisis climática, la crisis energética y la crisis financiera. No es que las demás no sean importantes, ni sus consecuencias menos terribles: la crisis alimentaria, por ejemplo, o la humanitaria, entre muchas otras emergencias, merecen la máxima atención. Pero estas tres son crisis emblemáticas que repercuten sobre todas las demás y nos ayudan a entenderlas.

El cambio climático es, posiblemente, el mayor fenómeno de deslocalización globalizada de nuestro tiempo. Por supuesto, ha surgido de forma involuntaria, como *daño colateral* de una forma de vida que sustenta su crecimiento en el uso masivo de combustibles fósiles. Si tuviéramos que resumirlo en una frase, podría ser ésta: “el tiro nos ha salido por la culata”.

La comunicación y la educación, evocadas en el título de estas jornadas, son aspectos clave a tener en cuenta: no olvidemos que los síntomas y repercusiones del cambio climático son, en su mayor medida, indirectos, y a menudo pueden confundirse con los demás fenómenos de variabilidad climática “normal”. Quiero decir que hace falta la construcción de un discurso racional y bien documentado para tratar el cambio climático como elemento movilizador, en el plano personal y colectivo. Como bien sabemos, se ha necesitado el consenso entre miles de científicos de todo el mundo para aceptar la alteración climática actual como un *hecho*.

Hablamos, pues, de un trastorno global del planeta, que repercute en todos los grandes ciclos ecológicos con bucles imprevisibles y consecuencias contradictorias (excesos de frío y de calor, aumento de inundaciones y de sequías, etc.). Gea se ha puesto enferma, tiene fiebre, ha perdido su tiempo;

su equilibrio se ha vuelto más frágil, lo que quiere decir que es más fácil desestabilizarlo y más difícil volverlo a compensar.

Pero, si los síntomas del cambio climático son múltiples y aleatorios, la causa principal del fenómeno es única y bastante clara: en poco más de cien años hemos quemado y devuelto a la atmósfera casi la mitad del CO₂ retirado de circulación y acumulado en las reservas fósiles del planeta hace algunos millones de años. Los hidrocarburos son, como es bien sabido, una transformación de biomasa vegetal, la cual, a su vez, se produce a partir de la actividad de organismos vegetales capaces de fijar la energía solar y segrestar CO₂ a la atmósfera. Los combustibles que se obtienen, y especialmente el petróleo, presentan características energéticas especialmente interesantes, en cuanto a su rendimiento, versatilidad y facilidad de transporte y de aprovechamiento. Han sido los ahorros energéticos de Gea durante millones de años. Hay que ver, pues, como los hemos estado gastando.

En este punto nos puede ser de ayuda el concepto de *subsidio energético* del que nos habla Richard Heinberg en su famoso ensayo "Se acabó la fiesta" (cuyo subtítulo aclara enseguida que el tema tratado no es nada frívolo: "Guerra y colapso económico en el umbral del fin de la era del petróleo"). Aquí también volvemos a la termodinámica y sus principios. La ley de la entropía nos habla de la inevitable degradación del orden. Por otro lado, la biofísica nos enseña que los organismos crean pequeñas islas de orden a partir del consumo de energía. Este criterio hay que tenerlo claro: crear orden siempre tiene un coste energético. Por esta razón, todos los organismos vivos, incluidas las sociedades, van en busca de algún tipo de subsidio energético, y cuanto mayor, mejor. El descubrimiento de los subsidios fósiles es relativamente reciente: digamos tres siglos. Antes -aparte del viento, del agua corriente y de la madera como combustible-, la única energía que se utilizaba era de tipo animal. Por supuesto, entre los animales había que incluir a la especie humana, en forma de esclavos.

No hay duda de que el descubrimiento de unas nuevas formas de subsidio energético abundantes y baratas -empezando por el carbón-, y la capacidad tecnológica para aprovechar su potencial (máquina de vapor y, luego, motor de explosión), cambiaron por completo las reglas de juego. La cuestión es recordar que los acontecimientos de los últimos 250 años -en todos los terrenos: no sólo económico o militar, sino también político, científico, cultural, artístico...- son impensables sin la subvención masiva de energía que reciben la industria, el transporte, la actividad agrícola y cualquier otro aspecto de la organización de nuestras sociedades. Para hacernos una idea, el nivel de subsidio energético que consideramos "normal", en una sociedad como la nuestra, equivale al que nos proporcionaría el trabajo de medio centenar de esclavos por persona.

Por supuesto, esto significa una expansión enorme de nuestras potencialidades, personales y colectivas: equivale a una dinamización euforizante del

sentimiento de lo que somos y podemos hacer, de manera que los efectos estimulantes que derivan de ello se parecen mucho a los de una droga -y de una droga dura-. Los subsidios energéticos de los recursos fósiles nos han hecho muy poderosos, pero al mismo tiempo muy dependientes, es decir, muy necesitados y, en esta misma medida, muy frágiles. También muy violentos, por supuesto: quien necesita garantizarse a cualquier precio su dosis de subsidio está dispuesto, literalmente, a matar. Y esto, también está muy comprobado, tanto a pequeña como a gran escala.

Esta dependencia está destinada a traernos problemas mayores dentro de pocos años. Cada vez hay más consenso entre los expertos en que las previsiones de Hubbert sobre el cénit del petróleo y su posterior declive son acertadas. No vale la pena discutir acerca de si ya hemos llegado a este punto, que marca el agotamiento de la mitad de las reservas de crudo del planeta, o si faltan cinco, diez o quince años. Esto, desde el punto de vista de los procesos históricos, es irrelevante. La cuestión es que estamos ante un escenario anunciado de colapso económico a unos cuantos años vista (entre cinco y veinte), por el declive en la disponibilidad de petróleo, esto es, de la energía concentrada y transportable que este combustible nos proporciona y que supone un porcentaje muy elevado de la energía total que gastamos, y más de un 90% en el sector transporte.

Aquí tenemos una primera correlación, relativamente fácil de establecer, entre crisis climática y crisis energética. En la primavera-verano de 2008, con el aumento del precio del crudo, hubo un primer amago de las posibles consecuencias de una crisis del suministro de combustibles para el transporte: el sistema de la logística comercial colapsó durante una semana, y en nuestro país volvimos a ver la imagen inquietante de estantes vacíos en los supermercados. Pero, curiosamente, luego la crisis explotó por otro lado, por el de las finanzas. De repente, el sistema financiero se descubrió insolvente. Aquí nos puede ayudar la capacidad de síntesis del Roto, cuando afirmaba que "el capitalismo es vulnerable a un exceso de avaricia". Las repercusiones sobre la economía productiva fueron espectaculares e inmediatas. También sabemos cómo se traduce esto en términos de cierre de empresas, despidos, aumento del paro. Y cómo repercute en las economías familiares y en el circuito económico. En este sentido, llama la atención que la crisis del sistema haya llegado incluso antes de producirse problemas severos y masivos en el suministro energético. Desde cierto punto de vista, tal vez haya sido una suerte.

Por otro lado, también es interesante ver que el cambio climático es, a su vez, una emergencia anterior a la crisis financiera. La constatación científica del calentamiento global nos dice que este sistema es insolvente también desde el punto de vista ecosistémico. Parfraseando al Roto, podríamos decir que "el planeta es vulnerable a un exceso de derroche energético", debido a que no puede metabolizar el incremento de CO₂ que esto supone. Y, en biología, lo que no se puede ni metabolizar ni expulsar es tóxico.

El fenómeno del cambio climático, que se origina por la acumulación de algunos gases de efecto invernadero en la atmósfera, plantea una crisis ecológica por el lado de los sumideros, a la vez que el declive del petróleo la plantea por el lado de los suministros. Con apenas la mitad de los combustibles fósiles quemados, ya hemos excedido la capacidad metabólica del planeta. La obligación ecológica a un cambio en profundidad precede, curiosamente, a la obligación material práctica. En otras palabras, se nos pone por delante el imperativo de no seguir quemando combustibles fósiles, antes incluso de llegar a la imposibilidad práctica de hacerlo -por aumento del precio o falta de suministro-. Un humorista italiano comprometido con el tema, Beppe Grillo, lo expresaba así: “No hace falta acabar el petróleo para salir de la era del petróleo. Tampoco se tuvieron que agotar las piedras para salir de la edad de piedra”.

Intentando cerrar este resumen de trazo gordo, y por lo tanto muy discutible, podríamos decir que la fiebre del crecimiento nos ha llevado, en su punto extremo, al delirio financiero de la economía-casino. Esta economía-casino, en cualquier caso, necesita dos fuentes primordiales de alimentación: una es el petróleo, la otra la deuda. En el primer caso, nos estamos gastando el patrimonio energético; en el segundo, el dinero que no tenemos. Ambos casos manifiestan problemas evidentes de insolvencia. La suma de los dos resulta extremadamente tóxica para la ecología del planeta -una ecología que, por supuesto, nos incluye-.

La contundencia del diagnóstico topa, sin embargo, con una dificultad: y es que, por mucho que conozcamos las causas de nuestros problemas, no conseguimos actuar sobre ellas para modificarlas **porque dependemos de ellas para ser lo que somos**. La síntesis más popular de este concepto fue pronunciada por George Bush jr. cuando dijo, en un rueda de prensa: “nuestra forma de vida no es negociable”. Se refería al hecho de que estamos dispuestos a cualquier sacrificio, para curarnos de la enfermedad que nos aflige, menos cambiar nuestra forma de vivir, que justamente es la causa de ella. Una viñeta del Roto lo resumió de forma inmejorable hace un tiempo; la imagen enseñaba una reunión de altos ejecutivos, sentados alrededor de una gran mesa, y el que presidía la reunión, de pie, les espetaba: “La destrucción del planeta es necesaria para la supervivencia del sistema, y la destrucción del sistema es necesaria para la supervivencia del planeta... ¿Qué hacemos?”. Menuda disyuntiva.

Apostar por el decrecimiento

Cuesta creer hasta qué punto, a los que estamos dentro de este sistema, nos cuesta imaginar que se pueda vivir de forma diferente. Este fenómeno es lo que Serge Latouche, desde hace ya muchos años, llama “colonización del imaginario”. Nuestro horizonte mental se ha cerrado alrededor de unas imáge-

nes de cómo las cosas “tienen que ser”, de cómo la sociedad puede funcionar. Este horizonte se enmarca, hoy en día, en unas coordenadas de pura racionalidad económica, que en último término es la racionalidad de los beneficios: cuantos más -y a más corto plazo-, mejor. Este cálculo, por otro lado, se basa en un supuesto implícito muy importante: que el suministro de energía esté garantizado y no suponga problema alguno. En otras palabras, en que seguiremos disponiendo de energía abundante y barata. El otro supuesto es que las consecuencias ambientales de la actividad económica se mantengan dentro de parámetros de compatibilidad. Como sabemos, estos dos supuestos ya han dejado de ser ciertos.

¿Qué hacer pues? En palabras de Antonio Gramsci, “crisis es cuando lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer”. Más recientemente, Boaventura de Sousa Santos nos proponía, en uno de sus artículos, otra definición interesante: “las crisis son momentos de preguntas fuertes y de respuestas débiles”. En estos momentos, más que nunca, es oportuno interrogarse sobre las opciones que tenemos y compartir los débiles intentos de respuestas, para que sean un poco más fuertes.

En su libro *Power down*, Richard Heinberg planteaba cuatro posibles maneras de encarar la crisis: la primera, resumida en un titular, sería “Guerra y competición”, bajo el lema “el último se salva”. La segunda opción la titula “Autolimitación y cooperación”, y es la que más se acerca a la idea de un decrecimiento convivencial. La tercera actitud tiene un nombre sugerente: “Esperando el Elixir Mágico para seguir igual”, título que parece reflejar la actitud de la inmensa mayoría de políticos y, posiblemente, de una gran parte de sus electores. Finalmente, la cuarta posibilidad suena así: “Construyendo botes salvavidas”, una opción que tiene en Noé y su Arca el predecesor más ilustre.

Tal vez haya más opciones, pero éstas ya sirven para el debate. Me aventuraría a decir que el decrecimiento se mueve entre la segunda y la cuarta, mientras que la realidad oscila entre una aparente preferencia por la tercera y una sustancial resignación a la primera.

Todos los indicios de que disponemos nos llevan a una conclusión clara: las sociedades humanas experimentarán en esta primera mitad de siglo un proceso de transformación que no puede ser menos que radical y que va a cambiar instituciones, mentalidades y formas de vida colectiva. Lo que está en duda, pues, no es si habrá transición sino la forma de llegar a ello: si será voluntaria o forzosa, gradual o traumática, pacífica o violenta. El decrecimiento está en la lógica de los hechos, aunque no lo esté, todavía, en nuestra forma de pensar.

Otro punto ineludible es que esta transición implica un proceso de relocalización de las actividades. Este cambio que tendría que ir acompañado por la creación de nuevos vínculos comunitarios a escala local. Nada, por supuesto, está garantizado, pero ésta sería la dirección por donde avanzar.

En una reciente intervención en Barcelona, el pasado mes de marzo (2009), Serge Latouche proponía una especie de decálogo de objetivos mínimos para un programa decrecentista. A su entender, los planteamientos de fondo tienen que ser radicales, aunque en el aspecto práctico hay que estar dispuestos a pactar reformas. A continuación, resumimos los diez puntos de su propuesta:

1. Volver a una huella ecológica sostenible.
2. Reducir los transportes internalizando los costes.
3. Relocalizar las actividades.
4. Restaurar la agricultura payesa tradicional.
5. Repercudir el aumento de productividad en reducción del tiempo de trabajo.
6. Relanzar la producción de bienes relacionales.
7. Reducir el consumo de energía en un factor 4.
8. Reducir el espacio de la publicidad.
9. Reorientar la investigación tecnocientífica.
10. Reapropiarse del dinero.

Articular este programa es, propiamente, la tarea que el movimiento por el decrecimiento tiene delante suyo en los próximos años. Asistimos a un florecimiento de iniciativas grandes y pequeñas en muchos lugares de Europa, y a unos primeros intentos de difundirlas y coordinarlas. La red de "Ciudades en transición" (*Transition towns*) indica un posible camino a recorrer que poco a poco se va difundiendo, en centros grandes y pequeños, también en nuestro país <http://movimientotransicion.pbworks.com/>. Existen cada vez más recursos *on-line* que permiten, a través de la Red, compartir información entre grupos que quieren aplicar el decrecimiento a su realidad concreta. En Cataluña, alrededor de la web de referencia <http://decreixement.net>, se está tejiendo una red de contactos y una base de datos de propuestas con diversos grupos de trabajo activos. Hay, en definitiva, mucho camino para recorrer. Cada cual, que haga su apuesta.

Unos apuntes finales

Para acabar esta aportación, se me pidió que intentara resumir algunas consideraciones que hice en el debate final, después de escuchar las otras ponencias y también a raíz de algunas intervenciones y preguntas procedentes de los asistentes. Este resumen es difícil, porque mis apuntes son muy esquemáticos y el contexto de la discusión se ha perdido y es imposible reconstruirlo. Pido disculpas, por lo tanto, por lo inconexo que puede resultar este apartado final.

En primer lugar, me parece importante subrayar lo difícil que nos puede resultar el paso de un imaginario de abundancia, tal como lo recibimos a diario a través de la publicidad, a un contexto de escasez que la realidad progresivamente nos transmite. Introducir la noción del límite en nuestra percepción y en el sentido común es un reto, político y educativo a la vez, que no va a ser ni fácil ni agradable.

La segunda reflexión viene del recuerdo de un análisis que hacíamos dentro de los movimientos sociales, durante los años ochenta, acerca de tres dimensiones presentes en mayor o menor medida en las distintas experiencias de movilización social: la ética, la estética y la política. En Italia, donde yo vivía en aquel entonces, eran los años de lo que llamábamos "el hedonismo regaliano", en referencia al primer presidente-actor que, sin ser muy dotado en otros aspectos, sí que dominaba el nuevo escenario mediático de la política; nuestra sensación, desde los movimientos ecologistas y pacifistas, era que la apelación a la ética era insuficiente para hacer frente al poder de fascinación y persuasión de una política dominada por la estética. No bastaba con "tener razón": había que encontrar el camino estético para que la propuesta ética pudiera llegar a tener repercusión política. Y tal vez este razonamiento siga siendo pertinente. Aquí podría abrirse un terreno de reflexión y de acción sin duda interesante. Las últimas décadas se han caracterizado por un "hedonismo de la deuda" frente al cual, de momento, nuestra propuesta se limita a una "ética de la solvencia". La pregunta es si y cómo la sobriedad puede llegar ser una propuesta estética, y si ésta puede ayudar a frenar la degradación de la belleza que, en mi apreciación personal, acompaña la mayoría de propuestas destinadas al consumo masivo. Mi sensación es que el decrecimiento tendría, también, que dar respuesta a la desolación estética creciente que vivimos, al vacío que el mercado suele crear alrededor de nuestras demandas de sentido.

La tercera consideración nace de la manera como se habla, a menudo, del CO₂, casi como si fuera un gas tóxico, un contaminante sin más. Creo que, desde el punto de vista biológico, esta visión es incorrecta, ya que nosotros emitimos CO₂ con cada respiración y también lo ingerimos cada vez que tomamos un agua con gas u otro refresco parecido. Lo que es tóxico es el exceso de CO₂, por una cuestión de metabolismo: lo que no podemos metabolizar, resulta tóxico. Pero tal vez sería más importante, incluso para el clima, limitar las transacciones financieras a través de una tasa tipo Tobin -un señor al que dieron un Nobel por esta propuesta, para luego no hacerle ningún caso-. O revisar el sistema de impuestos ecológicos, actualizar el precio de los recursos para que incluya el coste de su sustitución y otras medidas parecidas. Tal vez es por esto que no me reconozco en la obsesión que a veces se fomenta, incluso de forma bienintencionada, en la lucha contra el CO₂, echando cuentas en pequeños grupos acerca de las emisiones que nos ahorramos, igual que se hace con las calorías. O bien con la propuesta que se presentó en el Seminario de asignar a cada persona su cuota anual de CO₂, estableciendo una contabilidad rigurosa

con posibilidad de comprar o vender cuotas, igual que ahora hacen países y empresas. Bien, a veces la estrategia de combatir la locura con la locura puede funcionar, como en homeopatía; en este sentido, se puede intentar. Pero conscientes de lo paradójico que resulta todo este tinglado, cuando en el fondo de lo que se trata es de “hacer menos”...

En este punto se enlaza también la cuarta consideración, comentando la idea de reducción progresiva del consumo de CO₂ -bajando cada año la asignación a cada persona- como una forma de “bajar la escalera”: lo que ha sucedido este año es que, a causa de las crisis inmobiliaria, financiera y económica que hemos vivido, resulta que hemos caído de la escalera, hemos bajado de golpe unos cuantos escalones. Ha hecho más la crisis, en la lucha para reducir las emisiones de CO₂, que todas las campañas que hayamos hecho hasta el momento. Tal vez es triste admitirlo, pero también instructivo.

El quinto comentario hacía referencia al peso de la economía en el ámbito de lo político. La economía impone a la política su visión de la realidad con un dominio casi total. En este sentido, vivimos una extralimitación de lo económico que resulta tremenda, porque, aparte de lo político, se ha comido lo social. La diferencia más importante que Serge Latouche notó en las sociedades africanas donde vivió algún tiempo tenía que ver con este punto: allá la economía todavía estaba incluida en la red de relaciones sociales, donde el parentesco, el intercambio de favores, la reciprocidad y el dono se entrelazaban en un tejido tupido e indestriable-inextricable; en nuestro caso pasa al revés, y son las relaciones sociales las que están incluidas en un marco económico que, aparentemente, lo domina todo. La cuestión, tanto por la economía como por la política y la sociedad, es volver a la base del pastel, donde se genera la riqueza más vital y perdurable: en la Naturaleza y en las relaciones. Hacia la base del pastel también encontramos el ámbito local: mercados de proximidad, redes de reciprocidad más estrecha. Aquí habría que experimentar formas de economía alternativa, desde monedas locales hasta ensayos reducidos de renta básica.

Para acabar, se nos pedía una medida concreta que cada cual pudiera practicar para avanzar hacia el decrecimiento, y la mía fue ésta: dedicar una hora, a ser posible cada día, a la contemplación: destinarla, por lo tanto, a la belleza, a la naturaleza, a la música, al conocimiento, a los amigos, a las personas queridas, al cultivo de facultades estéticas y de bienes relacionales. Son cosas que, creo, nos hacen decrecer, y al mismo tiempo crecer.

Referencias bibliográficas

- GORE, A. (2007): *Una verdad incómoda: La crisis planetaria del calentamiento global y cómo afrontarla*. Barcelona, Gedisa.
- ARIÈS, P. (2005): *Décroissance ou barbarie*. Lyon, Golias.
- LATOUCHE, S. (1989): *L'occidentalization du monde*. Paris, La Découverte.
- LATOUCHE, S. (2007): *Sobrevivir al desarrollo*. Barcelona, Icaria.
- LATOUCHE, S. (2008): *La apuesta por el decrecimiento*. Barcelona, Icaria.
- LATOUCHE, S. (2009). *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*. Barcelona, Icaria.
- HENDERSON, H. (1988): "Una guida per cavalcare la tigre del cambiamento. Le tre zone di transizione", en Thompson, W. I. (1988): *Ecologia e autonomia*. Milano, Feltrinelli.
- HEINBERG, R. (2004): *Power down. Options and actions for a post-carbon world*. Forest Row, Clairview Books.
- HEINBERG, R. (2006): *Se acabó la fiesta. Guerra y colapso económico en el umbral del fin de la era del petróleo*. Benasque, Barrabés.
- SEMPERE, J. y TELLO, E. (2008): *El fin de la era del petróleo barato*. Barcelona, Icaria.

